

La penumbra

El sol de la mañana se colaba por las persianas de mi cuarto, las rendijas convertidas en líneas doradas sobre la alfombra, como si el mismo cuarto fuera una jaula. La casa de Kurt, anoche, había sido un refugio extraño del nudo que sentía en el estómago, pero el secreto descubierto latía ahora en el aire, haciendo que mi propia casa se sintiera... ajena. La normalidad era una máscara, un decorado que mi padre, el arquitecto, había diseñado con una maestría inquietante, y que ahora yo sabía que ocultaba grietas profundas.

Me levanté con el peso de las horas de insomnio. Cada imagen del pasadizo volvía: el chirrido de los engranajes, la luz blanca casi cegadora, la curva que se perdía en una oscuridad que ninguna linterna parecía capaz de domeñar. Y, sobre todo, la anotación en los planos viejos: "Antiguo acceso mampostería. ¿Revisar cota X?". El rostro de mi padre, la deducción de que no había construido aquel lugar, sino que lo había encontrado y ocultado deliberadamente... eso dolía más que cualquier miedo. Era una traición a la fachada, al orden que yo creía que regía mi vida y mi hogar. Mi padre, el hombre que me había enseñado la lógica del ajedrez y la precisión de la apicultura, guardando un secreto tan ilógico y tan grande justo bajo nuestros pies.

Mis padres estaban en la cocina, el aroma a café recién hecho, las páginas del periódico de mi padre crujiendo suavemente. El sonido de una normalidad ensayada que ahora me chirriaba. Stacy ya se había marchado, su presencia siempre fugaz.

Mi madre, absorta en sus revistas de arte, ajena - o eso parecía - a los terremotos que ocurrían bajo nuestros pies. Tenía que salir. Tenía que ir a casa de Kurt. La urgencia de entender, de rasgar ese velo de secreto, superaba la aprensión que me paralizaba.

Me vestí en silencio, cada movimiento calculado, como si intentara no despertar algo dormido. La linterna que habíamos usado la noche anterior, la dejé en mi escritorio, la mano temblándome ligeramente al posarla. Terry Newman, el excéntrico vecino de Kurt, con sus ojos modificados y su manía por los "ruidos sin importancia" y las sombras... él habitaba un mundo de misterio constante. Yo, Bob, el chico de las abejas, buscaba el orden. Ahora, esa línea se había borrado, y me sentía arrastrado a un mundo donde las reglas, si las había, eran tan incomprensibles como las teorías más extrañas de Terry.

Salir de casa fue una pequeña misión en sí misma. Deslicé la puerta trasera con la mayor suavidad posible, cada leve crujido resonando como un trueno en mis oídos tensos. El jardín me pareció distinto, los rosales que yo cuidaba con tanto esmero, la caseta de las abejas que representaba mi oasis de lógica y propósito... todo parecía estar sobre arenas movedizas. El zumbido tranquilo de las colmenas, que normalmente me calmaba, sonaba ahora como un murmullo distante, ajeno al caos que se había instalado en mi mente. Me preguntaba si las abejas, con su instinto infalible para detectar cualquier anomalía en su colmena, percibían también la falsedad en los cimientos de mi casa. Sentí una punzada de envidia hacia su mundo simple y ordenado, tan alejado de esta confusión humana.

Caminar hacia la manzana de Kurt, la "manzana enemiga" según las mujeres de mi madre, se sintió

como cruzar una frontera invisible hacia un territorio desconocido y hostil. Cada casa por la que pasaba parecía tener ojos. Sentía las miradas clavándose en mi espalda, incluso cuando no veía a nadie. ¿Era la señora Cole, experta en el arte de la vigilancia desvergonzada, ya en su puesto, registrando mis movimientos para informar al "Pentágono"? ¿La figura que Kurt había visto anoche bajo la farola era real, o solo un producto de la paranoia que se estaba apoderando de nosotros? La paranoia, en este pueblo, parecía ser solo la forma de adaptarse a una realidad donde todos espían a todos, una versión retorcida del "control de calidad" social.

Llegué a casa de Kurt. La puerta principal estaba ligeramente entornada, algo inusual. Di un par de golpes suaves. Se abrió un resquicio y Kurt asomó la cabeza. Sus ojos, normalmente llenos de una curiosidad incesante, mostraban una mezcla de excitación y algo que, por primera vez, reconocí como miedo. Un miedo reflejado, quizás, de lo que él veía en mí, o tal vez era el eco de la conversación que habíamos escuchado la noche anterior, esa que mencionaba "luces en el sótano de Robert hasta bien tarde".

Entré rápido, con el corazón latiendo desbocado. La casa de Kurt era el caos familiar habitual, pero hoy se sentía como un alivio comparada con la fachada tensa de la mía. Subimos al desván en silencio, los crujidos de la madera bajo nuestros pies pareciendo demasiado fuertes. Una vez arriba, en ese espacio irregular lleno de las peculiaridades de Kurt -los libros de Terry, los diagramas extraños, los telescopios que apuntaban hacia el vecindario- me volví hacia él.

-Lo de anoche... -dije, mi voz un murmullo ronco- ¿estás seguro de que esto es buena idea, Kurt?

Me miró, su expresión firme, casi obstinada. — Tenemos que saber, Bob. No podemos ignorarlo ahora. Dijiste que lo pensarías, y...

—Lo he hecho —le corté, sintiendo cómo mi resolución se solidificaba—. Y la verdad, no creo que pueda estar tranquilo hasta que sepamos qué es. Estoy listo.

Kurt fue directamente hacia uno de los telescopios modificados de Terry, uno de esos que Terry llamaba sus "ojos" y que parecían más bien prismáticos adaptados. —Terry me enseñó a usar estos. No tienen mucho aumento para el espacio, pero sirven para... otras distancias —dijo con una media sonrisa que no le llegó a los ojos—. Se colocan en los agujeros camuflados de la pared. Podemos usar el que da hacia tu jardín.

Nos acercamos a uno de los pequeños agujeros, apenas visibles desde el exterior, disimulados entre el revestimiento de madera del desván. Era el mismo desde donde, Kurt me había confesado una vez, observaba a mi hermana Stacy cuando leía en el jardín. La idea de mirar mi propia casa desde esta perspectiva de "vigilancia" me revolvió el estómago. Me sentí como un intruso en mi propio hogar, mirándolo desde fuera como si fuera una caja sellada que contenía verdades incómodas y peligrosas.

Kurt colocó el telescopio, ajustándolo. —Ahora sí. Podemos ver bien la parte trasera.

Me asomé con cuidado. La vista del jardín, mi jardín, se magnificó en la lente. Ahí estaban mis rosales, mis colmenas, la caseta. Todo parecía en su sitio, pacífico, ordenado. Pero sabía que bajo esa capa de normalidad, los engranajes estaban esperando, la luz blanca aguardando, y mi padre, el artífice de mi mundo, había sido el que lo había sellado.

—Nada... todo parece normal —dijo Kurt después de un rato, su voz teñida de decepción. O quizás de alivio. Yo, sin embargo, sentía una tensión creciente con cada segundo que pasaba sin ver nada, la frustración de buscar lo inexplicable con herramientas lógicas.

—Busca cerca de la caseta... ahí es donde calculamos que estaría... —dije con voz tensa, mis ojos fijos en la zona que él enfocaba. Según los planos antiguos y nuestra deducción, el pasadizo debía extenderse hacia esa parte del jardín.

—Sí, ya estoy mirando esa zona —respondió—. Los rosales están perfectos. Como siempre. La caseta... parece tranquila. Oigo el zumbido desde aquí, tenue, pero lo oigo.

Cada zumbido de mis abejas desde la caseta resonaba en mi cabeza, un recordatorio doloroso del contraste entre el mundo simple y eficiente de ellas y el laberinto de secretos y mentiras que ahora habitaba mi vida. Me sentía como un traidor a su orden, sumergiéndome en el caos humano.

¿Percibían las abejas la anomalía bajo tierra?
¿Sentían la vibración de los engranajes dormidos?
La observación era agotadora, mis ojos buscando desesperadamente algo fuera de lugar, algo que confirmara la existencia de la "aguja" en este pajar que era mi jardín. La sensación de ser observado persistía, una presión constante en la nuca. ¿Y si alguien nos veía desde aquí? ¿Desde mi propia casa, quizás? ¿Quién, aparte de mi padre, conocía la existencia de aquel acceso? ¿Y quién más, además de nosotros, podía estar buscándolo? La paranoia crecía con cada minuto de observación inútil, alimentada por el recuerdo de la conversación oída en el sótano la noche anterior: "...luces en el sótano de Robert hasta bien tarde", "...dos muchachos solos en un sótano a esas horas". Nos habían visto. Nos estaban vigilando.

Justo cuando la desesperación empezaba a instalarse, cuando el jardín volvía a parecerme simplemente un jardín, mis ojos se detuvieron. Cerca del gran rosal, en el límite con la valla que separaba mi propiedad de la de los vecinos, había algo. Una pequeña irregularidad.

—Espera... mira ahí —dije, mi voz apenas un hilo, la tensión volviendo con fuerza—. Cerca del gran rosal. ¿Ves esa mancha en la valla de los vecinos?

Kurt ajustó rápidamente los prismáticos, enfocando la zona que le señalaba. —Hmm... Sí. ¿Qué es? ¿Humedad?

—No lo sé... ¿O parece... una marca? —forcé la vista, intentando darle forma a aquella irregularidad, una impresión vaga, sin una solución notable clara, como Terry llamaría a estas cosas— ¿Como si algo hubiera rozado allí?

—Podría ser —dijo Kurt, su tono cauto—. O solo la pintura descascarillada. O musgo.

—Pero... ¿por qué justo ahí? —Era justo en la línea donde yo calculaba que terminaría el pasadizo, basándome en su dirección inicial y la ubicación del "antiguo acceso" en el plano viejo.

Lo observamos en silencio, la ambigüedad frustrante. Podía ser nada, una casualidad sin importancia. Pero la posibilidad de que fuera algo... algo conectado con el pasadizo, con el secreto de mi padre, con la historia oculta de mi casa... esa posibilidad nos carcomía. La observación desde la distancia no era suficiente.

Necesitábamos más. Necesitábamos cercanía. La sensación de ser vigilados, aunque no viéramos a nadie, se había vuelto opresiva. Nos habían visto anoche. Sabían que estábamos buscando.

De repente, el miedo se transformó. Ya no era solo miedo a lo desconocido, sino una urgencia desesperada. Una necesidad de entender antes de

que alguien más -quién sabe quién- borrara las pistas, o peor aún, actuara contra nosotros. Mi padre, su secreto, el pasadizo, la vigilancia... todo se entrelazaba en un nudo que me ahogaba, un caos que amenazaba con desmantelar mi percepción de la realidad. El sótano, el lugar que me aterraba, se convirtió en el único camino posible, el centro del laberinto al que debíamos regresar.

-Tenemos que volver al sótano, Kurt -dije, mi voz sorprendentemente firme, el miedo cediendo el paso a una determinación fría y calculada. Esto no era ajedrez, pero requería una decisión arriesgada.

Kurt me miró, sus ojos captando el cambio en mi expresión. -¿Ahora? Es arriesgado, Bob. ¿Y si nos vieron anoche, y ahora saben que volvimos a la carga?

-Lo sé -interrumpí-. Pero la pista... esa marca en la valla... no podemos arriesgarnos a que sea algo y lo dejen ahí sin investigar. Y si alguien ya sabe que estamos buscando... tenemos que ir. Ahora. Antes de que alguien se nos adelante o... o borren la pista. Antes de que el secreto se selle de nuevo, o de forma permanente.

Kurt asintió lentamente, viendo la resolución en mis ojos, la necesidad que me impulsaba. -De acuerdo, Bob. Vayamos.

Dejamos el desván rápidamente. La casa de Kurt se sentía aún más caótica al descender, un torbellino de ruidos y presencias que teníamos que sortear. Salimos por la puerta trasera con el mismo sigilo que al entrar, pero con una velocidad mayor, impulsados por la urgencia y el miedo. La caminata de regreso a mi casa fue una tortura silenciosa. Cada sombra en la calle era una amenaza, cada ruido lejano un posible aviso. Sentía que todos los ojos del pueblo estaban sobre nosotros, conscientes de que cruzábamos de nuevo la frontera, dirigiéndonos hacia el corazón del

misterio, hacia la casa del arquitecto que guardaba secretos.

Llegamos a la puerta trasera de mi casa. La abrí con cuidado, deslizando hacia dentro como si fuéramos ladrones en la noche, aunque era pleno día. El recibidor se sentía gélido, cargado con la certeza de que estábamos a punto de descender de nuevo al lugar donde la normalidad de mi vida se había resquebrajado. Nos dirigimos directamente al sótano, mis pasos resonando en mi cabeza. La linterna estaba en mi escritorio, arriba. No importaba. La luz de la trampilla, si estaba ahí, sería suficiente.

Descendimos los escalones hacia la penumbra familiar del sótano. Las cajas apiladas, los cuadros de mi madre, la televisión... todo parecía esperar, inmóvil, cargado de una expectativa silenciosa. Nos acercamos a la esquina, al lugar donde la trampilla se ocultaba, mi corazón latiendo con fuerza contra mis costillas. El aire se sentía más frío, más denso que la noche anterior, pesado con la presencia de lo desconocido. Extendí la mano hacia donde sabía que estaban las manijas ocultas en el hueco de la pared. Justo cuando mis dedos estaban a punto de tocarlas, me detuve.

Un sonido. O quizás, una sensación. No era el chirrido metálico de los engranajes que tanto me atormentaba, sino algo diferente. Un roce leve, como si algo se hubiera movido. ¿Una respiración apenas audible? Contuve el aliento, mis ojos fijos en la juntura de la trampilla cerrada. No había luz. La penumbra era total en aquella esquina. O eso creía. Al forzar la vista, al obligar a mis ojos a adaptarse a la oscuridad, me pareció que, sí, la tenue línea que marcaba la juntura de la trampilla... parecía un poco más brillante de lo que la recordaba. No una luz que se derramara, sino un

fulgor sutil, contenido, como si algo dentro estuviera activo. O alerta.

Bob y Kurt se quedaron inmóviles en la oscuridad del sótano, sin atreverse a moverse o hablar, mirando fijamente la trampilla. Mi mente se disparó. Alguien... o algo... está ahí dentro. O sabe que hemos vuelto. La pregunta helada resonó en mi cabeza, más aterradora que el propio miedo a la oscuridad:

¿Qué esconde mi padre... o quién más lo sabe?